

Adriana Riva

Ruth





Seix Barral

Adriana Riva

Ruth

Se puede demorar la muerte. Varias personas me lo han dicho: Fulanito esperó a que pasara el casamiento de su hijo; o bien: Menganito aguantó a que llegase su nieta, y entonces *sí*. Hasta el *sí* nomás dicen, no hace falta aclarar qué.

Uno de los primeros en retrasar la muerte fue el mensajero Filípides, que corrió más de cuarenta kilómetros de Maratón a Atenas para informar que los griegos habían vencido a los persas en batalla. Apenas escupió el mensaje, murió extenuado.

Lo último que tengamos para decir, al menos lo último, ¿valdrá la pena? Yo me inclino más bien por algo como: un vaso de agua, por favor.

Desde que murió mi marido, vivo en la cocina. Es el único lugar de este departamento donde me siento cómoda. Duermo y miro películas en mi cuarto, pero el resto del día me la paso sentada junto a la heladera, en camisón, estudiando movimientos artísticos, obras, mapas, palabras, fechas. Es mi manera de matar el tiempo, porque el tiempo se resiste a matarme.

Mi rama paterna es longeva: la abuela Fenia murió a los 93 años, la tía Jacinta a los 96, la tía Berta a los 102;

los últimos diez los pasó apoltronada en un sofá, junto a una mesita de luz cubierta por un tapete verde musgo tejido a croché. No hablaba y apenas comía; la visitaba poco. En casa decían que de joven había sido una mujer despampanante, pero el tiempo la había reducido a un cuerpo ínfimo, inerte, que parecía de madera. Yo solo me acuerdo del tapete y del espanto que me producía su incapacidad para morir.

Nos cuesta partir. A mí, particularmente, me cuesta tanto como seguir. Pasan los años y no me acostumbro, pero dicen que en eso reside el encanto de la vida.

No cocino ni lavo ni hago ningún trabajo vinculado a las tareas del hogar, salvo preparar café instantáneo. Tomo varias tazas al día. Las amontoño en la bacha y después Blanca las limpia.

Blanca trabaja por horas. Va y viene cuando quiere. A veces se queda hasta la madrugada, hojeando un libro de cocina de dimensiones bíblicas. Últimamente ya no; también ella está gastada. Las dos nos encogimos varios centímetros. Me prepara algo para comer, ventila la casa y después se vuelve en colectivo a Montserrat, donde vive con una sobrina.

A Blanca la conozco desde hace más de cuarenta años, pero apenas hablamos. Ella no me pesa y yo no le peso a ella. Buen día señora, buen día Blanca, no mucho más. Cultivamos un entendimiento que prescinde del lenguaje.

Antes medía 1,71 metros. Desconozco mi altura actual.

En la cocina está el teléfono de línea. Tengo celular para enviar y recibir mensajes, pero para charlar prefiero usar el fijo, uno que tiene un cable en espiral con el que enrosco y desenrosco conversaciones. Mis dos hijos me llaman ahí. Mis amigas también. A la gente le gusta hablar. Cada vez que suena, en lugar de interrumpir el silencio, el cimbronazo parece medir la distancia entre el exterior y yo.

Mi hijo mayor, el abogado, me llama cuando está en el auto. Lo hace por la mañana, mientras maneja hasta la oficina.

Estás en el auto, le digo.

Sí, estoy en el auto, me responde.

Cuando estoy ocupada le pregunto ¿qué querés? y ¿algo más? Cuando estoy con tiempo me gusta hablar, pero entonces él me dice estoy llegando, te dejo, y me corta.

Mi otro hijo me llama cuando saca a pasear al perro. Me doy cuenta por la respiración agitada.

Estás paseando al perro, le digo.

Sí, estoy con el perro, me responde, y me pregunta qué hago. Quiere saber de mí.

Desde que murió su padre, me mira. Hablamos de esto y de aquello. Le pregunto por las nenas, tiene dos hijas. Me gustan los niños, pero también me aterran. Me mantengo lejos, fuera de su alcance, como rezan los medicamentos. Una de mis nietas me persigue, me dice *abuela*, una idea que le metió mi hijo en la cabeza. A veces la idea es más real que la cosa.

Yo hablo para aplacar la desesperación que me produce vivir.

Y la espera; hablo para aplacar la espera.

Hoy tengo clase grupal de arte por zoom. Anoto lo que dice la profesora en uno de mis cuadernos. Tomo apuntes a los que jamás vuelvo. Siempre estoy escribiendo en cuadernos y papelitos. No tiro papeles hasta utilizarlos de ambos lados. No es por una cuestión ambientalista; no soporto la naturaleza, aunque los perros me encantan. Nunca tuve uno. El que tiene mi hijo es precioso, blanco y negro, de tamaño mediano. Cuando lo visito, el perro se me acerca y yo lo acaricio. Es suave. Le pregunté a mi hijo si lo bañaba seguido, me respondió que no, que su pelo es así.

Los gatos, en cambio, me erizan la piel. Hace poco mi nieta de 5 años me explicó que lo que no me gusta de los gatos es que, al tocarlos, uno puede sentir su esqueleto. ¿Cómo pudo saber ella lo que yo sentía? Ahora puedo decir por qué no me gustan los gatos: no me gustan los gatos porque son piel y huesos.

Tarea compleja la del mensajero. Antes estaba convencida de que la forma más directa y eficiente de transmitir algo era por escrito. Ya no. La escritura orienta y desorienta tanto como el título de un cuadro.

Mi íntima amiga Luisa dice que no entiende los mensajes que le mando por chat. El último fue: VIENDO UNA PELÍCULA IRANÍ OK OK TODO BRRRUM TA LUEGUITO.

Dice que prefiere hablar, que por escrito le grito incoherencias.

Uno de los artistas que vimos en clase opinó en una entrevista que la vejez llega de golpe y de manera inexo-

rable. No estoy de acuerdo. La vejez es amorfa y avanza sigilosamente. Una deja de hacer cosas: esto no, esto tampoco, esto ni se te ocurra.

Yo dejé de manejar. Cuando mis hijos pasan por casa, les pido que bajen al garaje y durante un rato pongan el auto en marcha, para que no se estropee. A mi marido le encantaban los autos. Cada tres años cambiábamos de modelo. A mí me daba igual, lo que me gustaba era dejar a mis hijos en sus actividades, estacionar en algún lado y quedarme leyendo adentro, en mi cuarto propio para pensar. Llevaba y traía y, en el medio, pensaba. Antes vivía arriba del auto. Ahora vivo en la cocina.

Franz Kline, brochazos negros sobre fondo blanco, parecidos a la corteza de un árbol que se desprende